

otorgue su consentimiento formal. Por otra parte, entristecer á Minnie, substituir un régimen de semi-tolerancia por un régimen de prohibición absoluta, castigarla, en apariencia, por una buena acción, fuera crueldad. De todos modos, madrina no ha de tenerla á su lado más que unas semanas, pocos días. Los Peborde aun son muy niños, acaso no estén todavía completamente corrompidos. La fisonomía del mayor inspira cierta simpatía... Madrina reflexiona y pronuncia esta sentencia:

—Señorita Noemi: una vez más me remito á su tacto y á su prudencia para que estas relaciones que tanto me desagradan, queden reducidas al mínimo. Circunstancias en las cuales tengo acaso mi parte de responsabilidad y ciertamente usted la suya, exigen que tales relaciones existan. Puesto que Minnie ha de estar pocos días á mi lado, no pretendo en modo alguno entristecerla, prohibiéndola absolutamente que cambie algunas palabras con esas infelices criaturas. Obre usted lo mejor que sepa; confío en usted. Pero en adelante procure usted evitarme toda alusión á este estado de cosas que me es tan desagradable y que deseo apartar de mi pensamiento.

¡Hum! Esto no resulta muy claro. Pero el tono de madrina es decisivo. No

habrá manera de obtener más indicaciones; la señorita Noemi inclina la cabeza y va á examinar el ojo y la nariz de Minnie.

Los días pasan, la señorita Noemi siente que le roen la conciencia las más crueles torturas, entre el temor de apenar á Minnie y el de mostrarse demasiado indulgente. Ciertamente, el alternar con aquellas pobres criaturas es deplorable. Pero el instinto que lleva á Minnie hacia ellos es perfectamente loable. ¿Quién sabe si logrará ejercer sobre ellos una influencia provechosa? Por otra parte las instrucciones de madrina son muy elásticas. En su fuero interno, se tranquiliza la señorita Noemi; madrina se inclinaba hacia la tolerancia más de lo que sus labios dijeron... Y Minnie es tan clara en sus voluntades que se renuevan sin cesar, tan cariñosa y tan lisonjera en sus ruegos... La señorita Noemi va de concesión en concesión.

Al día siguiente de la batalla, cuando se encontraron en el parque, el pequeño Lulú corrió sin vacilación alguna á arrojarle en brazos de Minnie. Y enrojeciendo y palideciendo sucesivamente, acumulando mucho más valor del que le había sido necesario el día anterior para defender á su hermano, Max se acercó á Minnie, agradeciéndola su intervención y la

preguntó si aun la dolía el golpe. Minnie respondió con volubilidad que no sentía la menor molestia. Vamos á ver ¿sucumbió en la sarracina el perrito? No, Lulú pudo recoger el precioso cuadrúpedo. Comprobóse el estado de sus miembros mientras rememoraban las fases del combate. Sofía tomaba parte en la conversación.

Durante una hora la señorita Noemi sufrió cruelmente. Pero ¿cómo oponerse á las efusiones de lo más puro que reside en el alma humana? Cuanto pudo obtener (y aun á costa de una mentira) fué llevarse á Minnie cinco minutos antes de lo acostumbrado pretextando un encargo olvidado. Al separarse Minnie de ellos exclamó: «¡Hasta mañana!»

Durante la noche la señorita Noemi esperaba que al día siguiente llovería. Pero por la mañana un sol implacable vino á burlarla. Entonces, en tono insinuante, propuso á Minnie dar un paseo por los Campos Elíseos. Pero Minnie replicó denodada: «¡Vaya una proposición! ¡Mis amiguitos me esperan! ¡Mis amiguitos!...» Y Minnie caminó tan aprisa, que la señorita Noemi se sentía sofocada. Abordáronse como antiguos conocidos. Lulú blandía su perrito. Max había traído unas riendas, y el rostro encapotado de Sofía se había

aclarado gracias á un par de pendientes que Minnie le diera la víspera para su muñeca. Apenas se percataron de su llegada, corrieron á su encuentro. La señorita Noemi quedó única gurdiana de la banda, pues la doncella de los niños Peborde había debido ausentarse para ver á otro primo que tenía en la infantería de línea... De regreso á casa, la señorita Noemi intentó despertar escrúpulos en el alma de Minnie. «¿Cree que madrina estaría satisfecha de verla alternar con los niños de aquella gente?» Pero, tranquila la conciencia, Minnie no dejó que la ensombrecieran. No había buscado la compañía de los niños Peborde. El encuentro fué debido á la casualidad. Por otra parte, madrina dió la razón á Minnie. ¡Cuidado que si supiera lo buenos que son los niños Peborde los querría muchísimo!

Lo cierto es que madrina, á despecho de las instrucciones que diera á la señorita Noemi, no puede ignorar el estado de cosas que tanto deseara apartar de su pensamiento. Minnie es enemiga en sus conversaciones de la reserva y de los subterfugios. Por más que madrina evite interrogarla sobre el particular, y á pesar de todas sus tentativas para desviar la conversación hacia otros temas, Minnie la entera cotidianamente, y con suma prolijidad en los detalles, del es-

tado de salud de los niños Peborde; de sus caracteres y sus costumbres familiares. Por cierto que Sofía resulta mucho menos desagradable que los primeros días. Pero va tan raramente vestida que, á la verdad, parece un perro amaestrado. Sigue una descripción humorística de sus atavíos. En cuanto á Max, sería una perfección si fuese un poco más alegre, ó un poco menos susceptible. Pero, el otro día casi lloraba porque había sido el cuarto en clase y aun eso lo tachaba de injusticia. Madrina acoge con frialdad tales comunicaciones. Se comprende claramente que desearía hablar de otra cosa. Mas, por otra parte, tenía recomendado á Minnie que no le ocultara nada y que le hablara siempre con la mayor franqueza. Por consiguiente es necesario que demuestre sorpresa por los atavíos de Sofía y luego que observe: «¿Debe de ser muy estudioso ese muchacho, si le apesadumbra verse en cuarto lugar en la clase?»—¿Si es estudioso? Como que es casi siempre el primero. Y es el más joven de la clase. El otro día Minnie había olvidado algun detalle de la historia de Juana de Arco; pues bien, él se la explicó de cabo á rabo, tal como está en el libro.

¡Tal como está en el libro! ¿Con qué el alma de este niño no ha sido aun completamente deformada por el detestable

medio ambiente en que vive? El rostro de madrina se aclara, como dando á entender que Max le parece serio y agradable. Minnie siente una gran alegría. A los postres, abraza a Madrina hasta sofocarla. Sus ojos brillan. Madrina siente alguna vacilación. En tono indiferente interroga á Minnie, quien desde que empezó la comida, está como en brasas. ¿Al parecer, esos pobres niños resultarán menos mal educados de lo que era de esperar? La señorita Noemi responde precipitadamente, prestando á su voz la mayor firmeza. Harto se vé que no han recibido una educación cristiana y refinada. La niña, en particular, no le place demasiado. Pero las hay criadas en el convento que no valen mucho más. El niño, el mayor, en cambio, es verdaderamente—hay que confesarlo—es... encantador, si puede emplearse este adjetivo. Y el pequeñín es un bebé precioso.

Madrina tiene un gesto indeciso. Siente una tentación irresistible de deponer las armas y decir á la señorita Noemi y á Minnie: «¡Eal accedo á todo. Que Minnie juegue cuanto le plazca con esos niños. Desde luego absuelvo, perdono, transijo, mientras Minnie se muestre dichosa y no me oculte el menor de sus pensamientos.» La señorita Noemi tiene una oscura intuición de esta lucha y

espera con ansiedad la palabra que liberte su conciencia. A fin de contenerse, para reflexionarlo mejor, madrina coge maquinalmente el diario *La Cruz*, que estaba encima del velador, y mira distraidamente la primera página. Sus ojos se abren desmesuradamente.

¡Ay!...

Ayer, en la Cámara, el diputado Peborde subió á la tribuna para pedir la expulsión de las hermanitas de los pobres... ¡Madrina, que lee tan poco la prensa, ha dado precisamente con esta noticia! El dedo de Dios se la señaló. Indica con la uña el párrafo revelador, tiende la hoja á la señorita Noemi y dice en tono seco: «Usted comprenderá que, con más empeño que nunca, evitaré que Minnie alterne con los hijos de ese hombre». La señorita Noemi lee, inclina la cabeza y vuelve á caer en sus perplejidades...

Pero al fin, animada por los consejos de un eclesiástico, al cual se confió, decide acumular todas sus energías. El clérigo le demostró los inconvenientes de su debilidad, los peligros á que se exponía el alma de Minnie. ¿Y si su culpable tolerancia indujese á la niña á entrar por las veredas del mal? El otro día Sofía, al ver á un cura, gritó: «¡Uhl juh!» y cuando pasa por su lado una Hermana se burla de ella ó poco menos. Tales

ejemplos son perniciosos. La señorita Noemi se impone un esfuerzo heróico, y cuando cierta mañana Minnie le dijo: «Vamos deprisa, los niños Peborde ya estarán allí», la señorita Noemi respondió, no sin sonrojarse, pero con mucha energía: «No, Minnie, hoy debo hacer muchas compras, será usted muy buena no insistiendo». Y acaso en su fuero interno hubiera preferido que Minnie insistiera. Pero tan dócil se mostró Minnie que casi se sintió avergonzada.

Al día siguiente, al acercarse al parque de los Inválidos, la señorita Noemi vió, allá lejos, á los niños Peborde mudos y sombríos. Con el semblante desmayado, los ojos vagos, Max estaba sentado en el banco; Sofía, á su lado, musitaba á media voz, y en la rolliza cara de Lulú faltaba la acostumbrada alegría. De pronto, percatáronse de la aparición de Minnie. Como iluminadas repentinamente por el sol, sus caras tornáronse radiantes. Lulú abrazóse á sus piernas lanzando exclamaciones de júbilo. Sofía sonrió. Pero Max hizo tan rara mueca que Minnie preguntóle muy sorprendida: «¿Qué le pasa, Max?» Este sorbió sus lágrimas y, ya más sereno, pudo decir: «¡Temía que estuviese usted enferma!» La señorita Noemi atormentada por el remordimiento, desvió los ojos.

Y un minuto más tarde unas explosio-

nes de alegría llenaron el parque, divirtiéndose á dos inválidos melancólicos que por allí paseaban tomando el sol. Minnie es el hada vivaz cuya varita mágica ha convertido á tres criaturas anémicas y aviejadas, en tres niños rientes y de rosadas mejillas. Los juegos que ella inventa tienen un sabor excepcional. A su paso nace la primavera, la vida pulula. Vigorizados, electrizados, transfigurados por su presencia, los niños Peborde danzan á su alrededor cual locas mariposas ébrias de luz. Y la señorita Noemi, con el alma embargada por la emoción, está á pique de llorar, pensando en las amonestaciones del severo elesiástico..... Separáronse, diciendo: «Hasta mañana.»

No obstante, dos días después, la señorita Noemi reacciona. Ni asomo de dudas. Extrica energía. Ayer, en vez de jugar, Minnie y Max, pasearon durante media hora, cogidos del brazo y habiéndose á media voz. El semblante animado de Minnie explicaba algo. Max escuchaba, hacía alguna que otra objeción y finalmente aprobaba con aire de satisfacción. En lo profundo de su alma, la señorita Noemi estremeciése. Camino de casa, hizo algunas preguntas insidiosas. Minnie moströse reservada en sus respuestas, y algo pensativa... La señorita Noemi se sintió atormenta-

da todo el día por viva inquietud; por la noche le fué muy difícil conciliar el sueño. Tuvo una pesadilla terrible. Ante un alcalde chocarrero, enorme, de faz repulsiva, que ostentaba un casquete rojo y cuyo abdomen ceñía una banda tricolor, Minnie se desposaba civilmente con Maximiliano Peborde, y un cortejo de francmasones danzaban detrás de ellos la carmañola, agitando cabezas ensangrentadas de monjas y curas en lo alto de sus picas.

Al día siguiente, al salir la señorita Noemi (aquella fué su primera mentira) dijo á Minnie: «He pillado un resfriado. Preferiría que nos paseáramos un poco en vez de estacionarnos en el parque.» Esperaba cierta lucha y estaba dispuesta á una transacción; al pasar saludarían á los amiguitos. Pero Minnie no objetó una palabra. Dijo en tono de compasión: «¡Pobre señorita Noemi!... Caminemos de prisa.» Y la señorita Noemi, víctima de su propia mentira, sudaba á mares, pegados los cabellos á las sienes.

Al otro día sufrió anticipadamente, al pensar en los ojos angustiados que pondría Max. Nada de eso; los niños se aproximaron con exuberancias de alegría. En el propio Max se notaba una animación desacostumbrada. Charlaron muchísimo en voz baja, soltando

de vez en cuando alguna carcajada algo contenida.

Y a la semana siguiente, la señorita Noemi vió con satisfacción y sorpresa, henchida de orgullo, que el éxito coronaba sus esfuerzos. Por lo menos la mitad de los días, puede suprimir ó evitar el encuentro en el parque. Minnie no se queja, ni demuestra la más leve aflicción. Está alegre como una gaita, y es más, muestra un celo excepcional en el cumplimiento de sus deberes y una gran preferencia por los juegos más quietos. Ahora, casi diariamente, pasa una hora ó dos en su cuarto, repasando sus cosas, embórronando papel ó liando paquetitos. Madrina advierte también este cambio. Hoy ha llovido toda la tarde. Minnie se ha quedado tranquilamente en casa, sin proferir una queja, entreteniéndose con sus juguetes y sus papelotes. Madrina, conmovida, por tanta docilidad, vá á hacerle una corta visita, al anochecer. Y como al cabo de un momento Minnie debe confiarse á Melania para que le pruebe unos delantales, madrina aprovecha su ausencia para interrogar á la señorita Noemi, en tono mixto de sorpresa y de inquietud: «¿A qué se debe que Minnie esté tan sosegada hace una semana? Parece completamente transformada. ¿Estará enferma?»

La señorita Noemi se apresura á tranquilizarla. Jamás Minnie estuvo tan bien de salud como ahora. Está perfectamente sana y alegre. Y... hay que aprovechar la ocasión: la señorita Noemi, por desprendida que esté de toda vanidad, la aprovecha. Madrina aún se dará por más satisfecha de encontrarla en tales disposiciones, cuando sepa que la señorita Noemi ha logrado disminuir mucho los encuentros con los niños de arriba.

Madrina asiente con aire distraído, inmóviles los ojos. La señorita Noemi se siente un poco desilusionada; esperaba unas palabras de agradecimiento ó de elogio. No puede abstenerse de insistir. Algunos días, por ejemplo hoy, en que los niños no se ven lo más mínimo, no tienen la menor ocasión...

—¿Está usted segura?—dice madrina con cierta calma.

La señorita Noemi la contempla con estupor y abre la boca para articular una afirmación... Pero madrina levanta la mano. Su rugoso índice señala la ventana abierta... La señorita Noemi sigue con la mirada aquella dirección y enmudece, olvidándose de volver á cerrar la boca. Al nivel del antepecho, un perro de cartón rosa se balancea al extremo de un cordel. Una carta cerrada pende al extremo de otro... La señorita Noemi

contempla alternativamente al perro de cartón y á madrina en cuyos labios se dibuja una sonrisa burlona. ¡Instalaron un correo secreto! Hé aquí porque Minnie se refugia tan decididamente en su cuarto y se la vé tan atareada escribiendo. La señorita Noemi junta las manos, lanza un profundo suspiro de abatimiento y murmura:

—¿Qué haremos?

Madrina señala el perrito y la carta que bailotean con frenesí.

—Empiece usted por desatar todo esto, de lo contrario esos chicos van á tirarse por la ventana.

La señorita Noemi obedece. Los cordeles desaparecen rápidamente. ¿Qué hacer con los objetos habidos? La mirada de la señorita Noemi interroga. Con un leve ademán de la barba, madrina la induce á depositarlos sobre la mesa de juegos de Minnie, y añade, algo sonriente y melancólica:

—Señorita Noemi, de nada sirve obstinarse contra lo inevitable. Ese endiablado de Beaumarchais, que al fin y al cabo no era tonto, escribió una comedia titulada *El Barbero de Sevilla*. Bartolo, el pícaro agua-fiestas, acaba siempre por ser burlado por Rosina, porque en favor de Rosina lucha su juventud. No representemos el papel de Bartolo. Es preciso, añade la anciana rápidamente, al oír

que se aproximan los pasitos de Minnie, que todo eso quede entre las dos... El pecado de la debilidad es preferible al escándalo.

La señorita Noemi indica que ha comprendido esta bella máxima, la cual puede traducirse así: madrida consiente en todo, pero, por una suprema revuelta de su orgullo, pretende por lo menos salvar las apariencias ante el amigo Gouf.

Hace quince días que el amigo Gouf al llegar encontró á Minnie. Fué al atardecer de un día de lluvia. Minnie estaba un poco dengosa y le tomó por confidente. Dolióse de la soledad y quejóse de que madrina le prohibiese ver á los niños Peborde. Y el amigo Gouf acordándose de que madrina le autorizó para que le aconsejara en lo referente á Minnie, intentó, prestando á sus palabras cierto tono de chanza, insinuarle que, al fin y al cabo, la plática con aquellos niños no tendría tal vez las consecuencias fatales que ella temiera... Pero las dotes oratorias del amigo Gouf flaquearon pronto. A medida que las palabras iban saliendo de su garganta, cada vez con mayor dificultad, madrina se erguía con aire glacial, parecía rígida, agrandada, envarada... Súbitamente el amigo Gouf perdió todo impulso verbal... Quedó mudo, petrificado, con la más expresiva sonrisa en los labios...

Hubo un corto silencio. Y madrina dijo, recalcando cada sílaba: «Pensamos de muy distinta manera sobre ciertos asuntos; hace mucho tiempo que me constaba». Y en seguida le interrogó sobre la cotización de la renta.

El amigo Gouf no volvió á insistir. Pero se daba cuenta de que madrina no olvidaba su temeridad. En vano procuró multiplicar los actos de contrición. La halló implacable y dispuesta á las respuestas más aterradoras por el menor motivo... Jamás se encontró tan inquieto y torpe en la estancia de la calle de Varennes. Verdaderamente, de no encontrarse ante el retrato de Clara-Angélica, de no haber prometido á Mauricio que le daría noticias de su hija, quizá optara por la fuga, dispuesto á no volver más allí.

A medida que madrina advierte que su energía vacila, que el cambio la invade, como á todos, que poco á poco va cediendo en sus principios, parece que, para alcanzar una rara compensación, se muestre más acrimoniosa para con el amigo Gouf... como si pretendiese indemnizarse de sus flaquezas, abrumando con sus severidades al que fué su primer instigador. Y en la primera capitulación de su orgullo y sus principios, no cesa en ese pensamiento: que á lo menos Augusto Geoffroy no pueda

nunca sospechar á qué debilidades llegó á descender.

Y he aquí precisamente que en el momento en que Minnie entra en su dormitorio, óyese un campanillazo y Melania anuncia la visita del amigo Gouf.

Al entrar madrina, el amigo Gouf se levanta del sillón en que estaba tímidamente empingorotado, y desde el primer instante presente que hoy madrina estará más intratable que nunca. Jamás la encontró tan implacable para con el siglo, el espíritu moderno, todas las tendencias de nuestra época. Quisquillosa, aborda de frente los temas más escabrosos. Convencida de que el amigo Gouf es un escéptico discreto, dice preferir el ateísmo intransigente á la falsa tolerancia que encubre todas bastardías. Segura de que el amigo Gouf es un republicano moderado, como todos los que no tienen opinión, declara serle más tolerable los socialistas y los anarquistas, que esos desgraciados sin arrestos ni conciencia que, educados por su origen entre los defensores de la religión, la propiedad y la libertad, se convierten, á pesar suyo, en cómplices de todas las persecuciones, si no procuran beneficiarse de ellas. Además, el aspecto exterior de los contemporáneos es tan ingrato como sus almas. Midiendo al amigo Gouf de pies á cabeza, madrina señala

la manía de afearse que les caracteriza, pues ostentan en su atavío colores vivos en lugar de los apagados matices que convienen á la gravedad masculina. El amigo Gouf que lleva una corbata roja y zapatos amarillos, está á pique de perder toda templanza.

Diga lo que quiera, trate del tema más vago, madrina le contradice, agría, feroz, arrogante. Ella encarna todas las intransigencias del pasado. Bajo las miradas aprobadoras de sus antepasados gózase estrujando, humillando, torturando al vulgar plebeyo, al hijo de Geoffroy. Cabizbajo, avergonzado, aplastado, confundido, el amigo Gouf no sabe donde colarse. Ni siquiera se atreve á levantar los ojos hacia el retrato de Clara-Angélica. Se siente indigno de ella. Es imposible que madrina haya podido considerar más que como una grave ofensa el sentimiento que á él le inspirara la muerta; de lo contrario, no le hubiera tratado con tanta dureza. Todo lo que él dice se vuelve contra él, y si calla, su silencio es mal interpretado. Abrumado, consternado, se pregunta qué habrá podido ocurrir, contempla con terror á madrina como á una especie de castigo y en sus adentros compadece á Minnie... ¿Cómo podría imaginar que en el preciso momento en que, agachado bajo la tormenta, se

decide á una fuga ignominiosa, la niña permanece perpleja ante este enigma:

—¿Cómo es posible que el perro de cartón y la carta de Max pudieran penetrar en su habitación y subirse impunemente á su mesita?

Todo quedó solventado. Madrina acabó de bajar la pendiente y renunció á subirla de nuevo. La señorita Noemi, sintiéndose tácitamente autorizada, abandona la lucha. Si el clérigo la reconviene, madrina cierra los ojos, y Minnie puede obrar libremente á su antojo. Ella y los Peborde acabaron de estrechar los lazos de una amistad que será eterna como toda cosa humana.

Ante los ojos maravillados del pequeño Lulú, la niña aparece decididamente cual hada prestigiosa cuyas manos están siempre llenas de caricias, de sorpresas y de bombones. Sofía, la envidiosa Sofía, abandona sus sarcasmos y sus rencores, á fuerza de verlos cada día más inútiles é indiscretos. Y Max ha concentrado en Minnie todo el fervor de su alma taciturna y apasionada.

Cuando está con ellos, Minnie es el centro al cual todo converge; cuando no está, su nombre corre de boca en boca. Más de una vez la señora Peborde ha expuesto su inquietud: ¿será conveniente impedir á esos niños que

enloquezcan por esa beatita? Pero el señor Peborde, optimista y bondadoso, mueve negativamente la cabeza. El avisado rostro de Minnie, á quien encontró un día que volvía de las oficinas del Gobierno, quedó grabado en su memoria y no le pareció sospechoso en lo más mínimo. Por otra parte tiene fe en el deber de la solidaridad y en la fuerza contagiosa de las ideas democráticas y sociales... ¿Quién sabe si el contacto vivificante de los niños Peborde llegará á ser para esa criatura la sana raíz de la que nazca más tarde su regeneración? Plácidamente, el señor Peborde, entre las peras y el queso, reconstruye su último discurso sobre el profesorado: *Los misioneros de las ideas laicas*. Pero la señora Peborde no le escucha. En el fondo se siente orgullosa de que sus hijos sean amigos de la niña de la vieja aristócrata. Después sus ojos se fijan en el reloj: ¿se impacientará su querido Jorge aguardándola allá en la calle de la Arcada?

Sus inquietudes maternas, lo mismo que las inquietudes contrarias de madrina y la señorita Noemi, lo mismo que las esperanzas humanitarias del señor Peborde, no parecen motivadas por la realidad. Ningún espíritu de proselitismo anima á la descendencia del señor diputado. Y, de existir, su acción sería me-

diocre sobre el alma de Minnie, desde luego reacia y que malpara y tritura á su manera, sin poner gran atención en ello, los frutos de la experiencia. De las cuestiones políticas y sociales, lo que la impresiona especialmente son las repercusiones que, por exigencia de las costumbres parlamentarias, se notan en la vida cotidiana. Minnie cree, por ejemplo, que el escandaloso retraso de la hora de la comida de sus amigos, se debe á la prórroga de las sesiones en la Cámara. Muchas veces, Sofia intentó inútilmente obtener alguna superioridad en calidad de hija de un representante del pueblo. Pero este título no indujo á Minnie á la menor pleitesía. Tal como la concibe por las explicaciones de sus amigos, la Cámara le parece algo así como una gran sala de juego en la cual unos grupos de señores viejos van á charlar, á gritar, á enredarse. Por algún tiempo debe de ser divertido, pero luego ha de resultar ridículo. Un día dijo á Max: «Espero que tu no vas á ser diputado. Es vergonzoso para un hombre no hacer nada». Sin embargo debe á sus amigos algunos juegos originales que se cuentan entre los más divertidos que conoce. Por ejemplo el de la sesión nocturna. Lulú se sube á una mesa, agita una campanilla con todas sus fuerzas mientras los demás gri-

tan, le amenazan con el puño y patalean. El vencedor es el que llega á infundirle más pánico á Lulú. Hay asimismo el juego de la interpelación y la caída del ministerio. Minnie, parecida sin saberlo á los filósofos más desengañados, sólo saca nuevos motivos de diversión de las pasiones que encienden la lucha entre los hombres.

De vez en cuando, no con mucha frecuencia, recibe cartas de papá y de mamá. Por lo general, siempre es madrina quien le transmite lo que ellos escriben... Se hallan en la ciudad maravillosa donde moran los turcos, donde los caiques surcan las aguas del Cuerno de Oro. Respiran el aire perfumado de Oriente. Y un sol mágico les alumbra sobre aquel mar cuyo solo nombre resplandece: el Bósforo... Aún no están enteramente instalados, pero se acerca el momento en que Minnie deberá ir á reunírseles.

¡Oh, sí! ¡que Minnie pueda ir á reunirse con ellos! Ciertamente adora á madrina, á la señorita Noemi y á los niños Peborde, y á París; pero, naturalmente, adora mucho más á papá y á mamá que á todos los demás, y prefiere lo desconocido á cuanto ha visto.

A veces Max declara, en tono convencido, que París es la más bella ciudad del mundo. Minnie no le contradice,

pero intenta describirle el esplendor del mágico país que dorara su infancia. Y si él mueve la cabeza con aire de duda, la niña no se enfada, se contenta con murmurar: «No puedes comprenderlo porque no sé explicarme». Para Minnie, tan chiquita, París es demasiado pequeño y demasiado grande. Es demasiado grande, demasiado ruidoso, hay demasiada gente, y casas, y humo, y automóviles y coches y ¡qué se yo! Pero es demasiado pequeño, porque el vasto París no es nada en comparación con el infinito de las aspiraciones que frecuentan el alma de Minnie.

Minnie se parece á aquellos bárbaros que, no conociendo más que sus estepas, marchaban á la conquista de Roma, esperando otras conquistas. Necesita batallas, ruido, aventuras. Sus juegos favoritos son los más violentos. En ellos, su exaltación llega al colmo. Un demonio brilla en sus ojos fulgurantes. Y Max, descendiente agotado de los Galias romanos, vástago avejentado de poblaciones desde remoto tiempo civilizadas, la considera á veces con cierto asombro mezclado de celos. El alma de Minnie le es incomprensible y le desconcierta. La niña le parece una semi-salvaje, superior á él no obstante, y con la cual no tiene punto de contacto. La ternura celosa en que

la envuelve, sufre por no poder confis-
carla. Entregósele Max, por comple-
to, pero Minnie, por su parte, ¿le dá
algo más que una limosna de amistad
condescendiente? El otro día, Max, le
dijo: «¿Te gusta marchar?» Ella res-
pondió: «¡Oh, sí!» con tal fuerza, con tal
fervor, que Max enmudeció.



CAPÍTULO V

MINNIE está sentada en su ha-
bitación ante su mesa. Ha
de escribir á su papá; tarea
difícil. Minnie, tan parlam-
china, no mueve con facili-
dad la pluma. Esta maldita pluma se
atasca, escupe, hace borrones... Y, ade-
más, siempre retarda lo que uno quiere
decir... En el fondo, Minnie, preferiría
no escribir. Al fin y al cabo papá es
harto capaz de adivinar por sí solo lo
que su hijita quiere explicarle y sabe
muy bien que no le olvida. En suma,
Minnie está perdiendo el tiempo. Pero
una tradición respetable (¿por qué?) exi-
ge que una niña escriba á su papá.
Sacando un poco la lengua, Minnie ali-
nea dificultosamente, con una letra atroz
y una ortografía deplorable, frases inco-